

EL LEGADO QUE NO QUISE HEREDAR

Lemus

No fue el primer grito lo que me hizo temblar,
sino la forma en que tú, madre, bajaste los ojos,
como si la costumbre fuera un velo sobre el rostro,
como si se pudiera vivir con miedo y aún así llamar hogar
al sitio donde el silencio pesa más que las paredes.

Recuerdo tus manos tensas al servir la cena,
los cubiertos que tintineaban como campanas de misa
anunciando el ritual de una rutina sin gloria.

La sonrisa que fingías frente a los vecinos
y las lágrimas que escondías en los platos del fregadero.

No quiero heredar esa forma de amar que aprendiste tú,
ni esa idea torcida de que el sacrificio te hace mujer,
ni esa devoción a un hombre que te hizo de menos
cada vez que levantó la voz y tú, sin fuerza,
agachabas la tuya como si la dignidad tuviera precio.

Yo he nacido de tu herida,
pero no quiero cargar con tu cruz.

No quiero repetir la historia con otro nombre,

ni parir hijas que aprendan a ser sombra
cuando han nacido con luz en la mirada.
A mi hija le diré que el amor no es dolor disfrazado,
que los abrazos no deben dejar marcas,
ni los besos prometer consuelos por los golpes.
Le diré que no existe razón suficiente
para quedarse donde el alma se marchita a diario.

Le enseñaré a mirar de frente,
a hablar aunque tiemble,
a marcharse sin culpa,
a sostenerse sola y a elegir compañía,
no dependencia.

Le contaré de ti, madre,
no como una mártir, sino como una advertencia,
como alguien que quiso amar tanto
que olvidó que también merecía ser amada.

No te juzgo, porque sé que tu jaula
tenía barrotes hechos de miedo y de costumbre.

Sé que te educaron para servir,
para callar, para soportar, para perdonar siempre.

Pero yo, que vengo de tu dolor,
me niego a heredar esa obediencia.

Yo quiero una generación de mujeres
que se miren al espejo sin vergüenza,
que no midan su valor en función del deseo ajeno,
que se abracen entre ellas como aliadas,
que entiendan que amar no es perderse,
sino encontrarse más plena.

Conmigo se rompe la cadena,
se quiebra la inercia del aguante.

No soy tu réplica, madre,
soy tu versión corregida con un lápiz de amor propio.

Y cuando mi hija me pregunte por ti,
le diré que fuiste valiente a tu manera,
que hiciste lo que pudiste con lo que sabías,
pero que yo tuve que hacer algo distinto
para que ella pudiera ser libre.